





Directora editorial y edición: Daniela Pasik Jefa de redacción: María Miranda

Jefa de arte: Gladvs Bialek

Consejo editorial: Mariana Armelin, Martín Gagliano, María Miranda, Flora Otaño Ezcurra, Daniela Pasik y Darío Sosa

Programación web: Sergio Sobke Logo v gráfica: Fidel Otaño Ezcurra Corrección: Pamela Altieri

Comercial: digansuselogios.comercial@gmail.com

#### COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

Redacción: Pamela Altieri. Damián Cabeza. Federico Falco. Cecilia Fanti, Martín Gagliano, Jacqueline Golbert, Nurit Kasztelan, E. Logian, Hernán Lucas, María Miranda, Pato Moreira, Leticia Pogoriles y Darío Sosa

Ilustraciones: Maia Debowicz

#### AGRADECIMIENTOS:

A las vacunas y el calorcito, combo hermoso que nos va permitiendo salir un poco más analógicamente al mundo, y a todas las personas que cuidan al resto en esta pandemia. A cada lector y lectora que nos dejó elogios en los comentarios de la página y en las redes. A la nueva gente que decidió tener una relación estable con DSE a través de un aporte mensual para avudarnos a crecer. También a cada una/o de los/as que en un **romance** o **cafecito** hicieron y siguen haciendo donaciones a la gorra. A quienes se siguen sumando para recibir el **newsletter**. Al mini aluvión de nuevos followers en una, alguna o todas nuestras redes sociales (siempre somos @digansuselogios). A cada ser del bien que anda por la vida disfrutando de un momento de lectura.

#### www.digansuselogios.com

DIGAN SUS ELOGIOS Directora Responsable: Daniela Pasik Nº 7, noviembre 2021 Bauness 1278, CABA Registro DNDA en trámite

# BITÁCORA

## Y SABEN LO QUE PASÓ?

Mi culito de rana. Así nos llamaba el profesor de música de la primaria cuando quería decirnos algo que podía ponernos tristes. Mi culito de rana, no vas a hacer de Bambi en la obra de fin de año. Mi culito de rana, hoy vas a tocar el triángulo. Mi culito de rana, vos mové la boca, pero no cantes. De esa manera, en medio de un canon, supe que desafinaba. Que cantaba lo suficientemente mal como para que un maestro de chicos de seis años interrumpiera el coro de voces agudas y me pidiera que solo hiciera la mímica, mi culito de rana. Le prometí que me iba a quedar en silencio.

Quizás para él era lo mismo llamarme mi culito de león o mi culito de tortuga. Para mí no era bueno ser un culito de lo que sea, pero menos aún de rana. Mi papá en esa época criaba ranas, de las de comer y de las de pecera, así que yo sabía perfectamente cómo era ser ese culito en particular. Húmedo. Gelatinoso. Deforme. Feo.

Desde entonces, seguí siendo marioneta de ventrílocuo al "cantar" el himno, el feliz cumpleaños, las cumbias de los dos mil, el aleluya en un bautismo, las canciones en el micro a Bariloche, un karaoke compartido, una arenga repleta de puteadas en la cancha. Compañeros y compañeras de cantos ocasionales, lo confieso: nunca canté. Usé sin permiso sus voces para esconder mi

Pero hoy algo cambió. Con un libro en mis manos y frente a una nena de seis años de ojos pícaros, dejé de actuar. Encontramos una vieja copia de El mundo del revés, de María Elena Walsh. Abrí una página al azar y empecé a recitar como poema La canción de la vacuna. Al final de la primera estrofa, me escuché preguntar cantando "¿y saben lo que pasó?". ¿Y saben lo que pasó? Salió solo: un canto primero bajito y tímido, que fue subiendo en volumen y sonrisas con cada estrofa junto al de una nena que cantaba bien fuerte y reía con las erres de doctorrrr.

A veces, para animarse a vencer viejos y batracios monstruos, hace falta estar con alguien más. Hacerlo por alguien más. Es lo mismo que pasa al escribir y compartir, al escribir y publicar. Y es lo que pasa en esta mafia positiva y quienes se suman. Como en este número 7 de **DIGAN SUS ELOGIOS**, en el que estrenamos *Ingrid*, un relato —atrapante, triste, divertido de Federico Falco, y Campos verdes, un cuento interactivo y breve de Pato Moreira. En el capricho, E. Logian armó un idem compuesto por historias de libreras y libreros, con la participación de Damián Cabeza (La Libre), Cecilia Fanti (Céspedes), Jacqueline Golbert (La Sede), Nurit Kasztelan (Mi casa), Hernán Lucas (Aquilea) y Leticia Pogoriles (Un día en Venus). Las reseñas son de *La más callada de la clase*, la sexta novela de Sergio Aguirre

—que se puede y debe leer a cualquier edad— por **Martín Gagliano**; y del thriller existencial corrido de lugar *La otra hija*, de **Santiago La Rosa**, por **Darío Sosa**. Hay también un golazo, una entrevista repleta de literatura y deporte al defensor de Central Córdoba de Rosario y novel autor Ignacio Bogino, que hizo María Miranda. Todo ilustrado por la chica maravilla Maia Debowicz.

En mi rol de correctora, pero más que nada lectora privilegiada, en una especie de pre avant premier de cada edición, agradezco a cada escritor o escritora que me comparte su forma de mirar al mundo. En ese momento de conexión con alguien más a través de sus palabras, me dan unas ganas locas de aplaudir, de llevarme dos dedos a los labios para producir un chiflido y de cantar a los gritos como una nena que no es ningún culito de rana.

#### PAMFI A AITIFRI

DE LA BANDA IMPRESCINDIBLES DE LA MAFIA POSITIVA (escritora y nuestra correctora de estilo con ojo avizor)





No es una historia de amor. Son encuentros que sería mejor desencontrar. Una soda con sabor a banana, violencias, un pasado en la guerra de Malvinas, un presente incierto. Con ese mix, el autor cordobés arma la historia de una chica de pueblo que se podría musicalizar con eso de que "cuando el mundo tira para abajo es mejor no estar atado a nada". Pero aunque Charly García siempre tiene razón, a veces es imposible hacerle caso. Presentamos acá este cuento —hasta ahora inédito—atrapante, triste, divertido.

ILUSTRACIONES: MAIA DEBOWICZ

para C.G. y A.G.

Ingrid y Juan Pablo habían sido compañeros de curso desde la primaria, empezaron a salir a mitad de tercer año del secundario y se pusieron de novios un par de meses después, en el picnic del día de los estudiantes, para la fiesta de la primavera.

Cuando terminó quinto año, Ingrid decidió que iba a estudiar medicina: le gustaba la idea de sanar a los enfermos, de ayudar a la gente, de acompañarlos en un mal momento. Tenía la sensación de que era buena para eso.

Juan Pablo, en cambio, decidió que no iba a estudiar nada. Yo no estoy hecho para los libros, dijo. Y a vos tampoco te veo mucho futuro. Nunca fuiste ni de las mejores del curso ni tampoco muy genia, Medicina es difícil. Pero si querés andá, pobrá, fijate como te va, ¿quién soy yo para prohibirte que lo intentes?

Sí, dijo Ingrid. Me voy a ir a estudiar a Córdoba, voy a intentarlo.

Juan Pablo, mientras tanto, se quedó en San Aldo y empezó a trabajar en la fábrica de soda de su padre. Tenía la intención de armar una banda de rock con los amigos; él iba a tocar la batería. Es algo que siempre me interesó mucho, la batería, dijo.

Durante un tiempo Ingrid y Juan Pablo siguieron de novios. Ingrid volvía al pueblo cada fin de semana, o cada quince días, o cada vez que no tenía exámenes y podía, pero poco a poco la relación se fue enfriando, alguien le contó a Ingrid que habían visto a Juan Pablo con otra chica, una de quinto año, la hija de la profesora de Geografía. Al final, se dejaron por mensaje de texto. Ingrid no volvió a San Aldo por cinco meses completos.

Cuando terminó de cursar el primer semestre, se dio cuenta de que Medicina no era para ella. Ya lo había sospechado, desde el principio, pero a la hora de presentarse a rendir las primeras materias no le quedó ninguna duda. Habló con su papá, habló con su mamá.

Ya que estás allá, le dijo el padre, por qué no te quedás un tiempo, intentás otras cosa, ¿qué vas a hacer acá en el pueblo?

Ingrid decidió que iba a estudiar Enfermería y enseguida sintió que estaba en el lugar correcto. Eran nada más dos años de cursada, se hizo buenas amigas, disfrutaba de lo que le enseñaban, lo que más le gustaba eran las prácticas con los pacientes. Cuando se recibió, por intermedio de una profesora le ofrecieron trabajo en una clínica. Trabajó casi tres años ahí, pero no era lo mismo. Sus compañeras ya no vivían en la ciudad, o vivían lejos, o tenían turnos cambiados, cada vez se hacía más dificil verse. Ingrid estaba cansada de la ciudad, de los colectivos llenos, de la gente apurada, de no conocer a nadie. Y el trabajo en la clínica le ocupaba muchas horas y, al fin y al cabo, no pagaban tan bien. A finales de ese año, cuando volvió a San Aldo a pasar las fiestas, las amigas de su madre hicieron cola para que les midiera la presión, les pusiera inyecciones, les cambiara las vendas de las várices, les organizara el pastillero. En el pueblo solo atendía un médico que venía de Coronel Isabeta los martes y viernes, en la salita no tenían enfermeros, si había alguna urgencia había que salir corriendo al hospital de Isabeta. Ingrid lo pensó un par de meses y ese otoño renunció a la clínica, volvió al pueblo, se hizo cargo de la salita. El primer día atendió a dos chicos resfriados y después se sentó al sol, en el tapialcito, sobre la vereda, a

comer una mandarina y ver pasar a la gente. No le quedaba ninguna duda, volver a San Aldo era la mejor decisión que había tomado en su vida.

Juan Pablo fue a verla ese mismo fin de semana. Le dijo que estaba linda, le dijo que la extrañaba. La invitó a conocer la casa que se había armado detrás de la fábrica de soda del padre: dos cuartos que antes habían sido un depósito. Juan Pablo los había pintado, les había hecho construir una cocina, una galería. Hasta tenía jardincito. Juan Pablo le mostró la habitación, la cama de dos plazas, la heladera, el lavarropas. Empezaron a salir de nuevo. Ingrid se mudó a vivir con él. Juan Pablo al final no había armado una banda de rock. Se hacía cargo del reparto de soda y agua mineral en el pueblo. Ahora estaba experimentando con jarabes y colorantes, quería inventar una gaseosa con gusto a banana. El día que salga me voy a hacer rico, decía. Cada vez que lo decía, el padre de Juan Pablo, dos metros más atrás, arqueaba las cejas, suspiraba y con los ojos miraba al cielo: a Juan Pablo no había que hacerle caso, lo que tenía eran puros delirios de grandeza. O por lo menos, eso interpretaba Ingrid que quería decir el gesto de su suegro.

Al poco tiempo las cosas empezaron a no andar del todo bien. Qué te hacés vos la que sabés todo, le decía Juan Pablo cuando se enojaba. Qué te creés vos, que porque estudiaste sos mejor que yo, le decía. Rajá de acá, loca de mierda, dejá de cagarme la vida, no me molestes, le gritaba cuando Ingrid entraba a la sodería a llamarlo para la cena y lo encontraba con los frascos de colorante amarillo desplegados sobre la mesa y un montón de vasos llenos a medias, cada uno con una fórmula anotada sobre un papelito y pegada en el borde con cinta. Ingrid lo entendía, no debía ser fácil para Juan Pablo: él se había quedado, a su lado se sentía menos. Los experimentos no iban bien. No era fácil lograr un sabor a banana creíble. Cada vez menos gente tomaba soda. El padre era un sodero de la vieja escuela, no quería cambios, no quería innovaciones. Le parecía que todo lo que Juan Pablo proponía no eran más que tonterías.

Ingrid lo entendía pero tampoco sabía muy bien qué hacer. Hay que tener paciencia, ya va a pasar todo esto, trataba de convencerse a sí misma. Y además, yo lo quiero, pensaba y se encogía de hombros y si le dolía mucho el brazo, justo donde Juan Pablo la había agarrado con fuerza para arrastrarla afuera de la sodería, se tomaba un ibuprofeno.

En este pueblo hay pocos hombres, yo tampoco soy tan linda. Qué voy a hacer si me peleo, se decía Ingrid a sí misma.

Si se separaba, se iba a quedar sola para siempre. Pero eso no decía nada, y seguía. Pero una vez, para las fiestas patronales, Juan Pablo la maltrató en el baile. Ingrid había comprado una cerveza y se tropezó y la cerveza se le cayó y le salpicó a Juan Pablo la camisa.

Pero mirá que sos estúpida, le dijo Juan Pablo delante de todos y le pegó una cachetada. Ingrid sintió cómo a su alrededor se hacía un gran silencio.

Entonces, de la nada, apareció un ex compañero de escuela, saltó encima de Juan Pablo y lo tumbó al suelo y le empezó a pegar trompadas hasta que a Juan Pablo le salió sangre de la nariz. Tomá, le dijo el ex compañero de escuela, para que aprendas que a las mujeres no se les pega. ¿Estás bien?, le preguntó después el chico a Ingrid.

Sí, dijo Ingrid, muerta de vergüenza.

Vení que te llevo a tu casa, le dijo el ex compañero de escuela.

No, a mi casa no, mejor acompañame a lo de mis viejos.

Andá, trola, ¡puta de mierda! Andate con el primero que se te cruce, le gritó Juan Pablo desde el piso, toda la camisa salpicada de sangre y de cerveza.

Al día siguiente Ingrid mandó a su papá a que buscara todas sus cosas de la casa de Juan Pablo y se las trajera. En San Aldo no se hablaba de otra cosa que de la pelea. La gente decía que ella salía con el ex compañero de escuela, pero no era cierto. El chico estaba casado, ella ni siquiera era muy amiga. Él justo pasaba por ahí en el baile, los había visto cuando se les cayó la cerveza. Un par de días después fue con la esposa a visitar a Ingrid, a ver si estaba bien, si necesitaba algo, a decirle que en lo que hiciera falta contara con ellos. Ingrid los atendió en la puerta, vestida así nomás, en jogging, con la remera de dormir, el pelo todo aplastado, muerta de vergüenza. Ese día ni se había levantado de la cama, toda esa semana no fue a la salita.

Volvió al lunes siguiente, cumplió su horario, poco a poco la gente se fue olvidando del escándalo. Si Ingrid se cruzaba a Juan Pablo en el pueblo, hacía de cuenta que no lo había visto. Se había resignado a quedarse sola, y estuvo así bastante tiempo. Cuatro años, sin nada. Cinco años, completos.

Además, estaba grande. Acá, cuando pasás los treinta, ya sos vieja, suspiraba Ingrid, y seguía poniendo vacunas, midiendo la fiebre, curando otitis.

De tanto en tanto aparecía algún chico que la buscaba, pendejos, varones del secundario, pero qué iba a hacer Ingrid con eso. Algunos eran lindos, muy lindos. Hermosos muchachos, pero Ingrid sabía que la buscaban solo para divertirse, la fantasía de tirarse una jovata y contarlo después en un asado, de sobremesa. Así que se aguantó las ganas, se hizo la tonta, siguió sola, dejó que pasaran los días, las estaciones, los fines de años, las épocas de fiesta.

Ya estaba resignada a quedarse sola para siempre cuando una tarde, a finales del verano, una de las viejitas que iba siempre a medirse la presión a las tres y media en punto le preguntó si ya le habían contado que en San Aldo había un soltero nuevo.

¿Un soltero nuevo?, ¿quién?, preguntó Ingrid.

Pinamonti, el que estuvo en Malvinas, le respondió la viejita.

Pinamonti no era soltero. Era separado, recién separado, y veinte años más grande que ella. Ingrid lo conocía porque, cuando ella era chica, lo habían llevado una vez a la escuela para el día de Malvinas. Pinamonti se sentó en una silla delante del pizarrón, con las manos entrelazadas, y los ojos bajos. Era un hombre grandote, hermoso, el pelo muy rubio, unas manos inmensas. La maestra le había hecho preguntas, ¿qué les podía contar de las islas?, ¿cómo había sido su experiencia en Malvinas? Pinamonti tartamudeó. Evitaba mirarlos, no levantó la vista. Perdón, dijo después, y con el dorso de la mano se limpió la nariz y todos en quinto grado le vieron los ojos llorosos y escucharon cómo se sorbía los mocos.

Perdón, dijo Pinamonti, perdón, no puedo, dijo y se levantó y salió tan rápido del aula que la silla en que había estado sentado se cayó hacia atrás y se quedó con el respaldo repiqueteando contra el piso.

Fue instantáneo. En el recreo se dieron cuenta. Ese día, Ingrid y todas sus compañeras de escuela se habían enamorado con locura de un ex combatiente.

Después, pasó el tiempo, Pinamonti se casó con una chica de Punta del Agua y se fue de San Aldo. Seguía trabajando en el campo que había sido de su padre, así que cada tanto se lo veía dando vueltas, pero vivía en Punta del Agua. Y ahora se había separado y se había vuelto a vivir al campo, hacía las compras en San Aldo, la gente lo veía en la carnicería, en la verdulería, los domingos venía a tomar café al club del pueblo. Las mujeres no hacían más que hablar de eso. Que la esposa lo había dejado, que era alguien raro, que no había quedado bien por lo de la guerra, que salía con una Schneider de Coronel Isabeta, que una de las mellizas Vigo lo había invitado a tomar un café y él le había dicho que no, que gracias, pero que después a la noche había pasado por su casa y se acostaron y los gemidos de ella podían escucharse desde la vereda del frente.

Ingrid lo vio de lejos, un día, a Pinamonti, sentado en la vereda del club, con pantalón blanco, mocasines, tomando vermut, solo en una mesa, el sombrero también blanco apoyado al lado del vaso, el sifón de soda transpirando bajo el sol del mediodía.

Qué me va a dar bola Pinamonti a mí, se dijo a sí misma y se olvidó del asunto, siguió con su vida.

Las tardes de calor pasaron pronto, llegó el otoño. Pinamonti se había puesto de novio con una de las Schneider de Coronel Isabeta. Decían que también había tenido un romance con una Bognar de Los Tapiales. Cada tanto se veía su camioneta estacionada cerca de la casa de la melliza Vigo. Ingrid ya casi no pensaba en eso cuando un día estaba en la salita y lo vio entrar: alto, jeans, mocasines sin medias, un cinto de hebilla ancha, la camisa celeste adentro del pantalón, los dos botones de arriba desprendidos, el pelo gris ligeramente húmedo, peinado hacia atrás, una cadenita de oro colgándole del cuello, un crucifijo apoyado sobre los rulos ligeramente apagados del vello de su pecho.

Traía una caja en la mano, casi como disculpándose se la mostró a Ingrid con una sonrisa. ¿Vos me podrás poner esto?, le preguntó. Si no, tengo que ir todos los días a Isabeta y pierdo un montón de tiempo.

Ingrid miró la caja. Era un medicamento. Ampollas, inyecciones, para la artrosis, artritis. Un tratamiento. Intramuscular. Una por día.

Es por el frío, dijo Pinamonti. Me hace mal el frío, me hace mal a los huesos. Un dolor bárbaro. Es lo único que me alivia.

Después bajó la voz, bajó la vista.

Es el frío de las islas, dijo. Lo sufro ni bien llega el invierno. El frío se me metió en los huesos. Claro, claro, dijo Ingrid tratando de quitarle peso al tema. Yo te las pongo, no te preocupes, le

dijo y lo hizo pasar al consultorio y le señaló la camilla.

¿Hace falta que me acueste?, preguntó Pinamonti.

Solo un poco, dijo Ingrid y lo vio desprenderse el cinto, desprenderse el pantalón, bajarse el calzoncillo hasta las rodillas.

Ingrid levantó la vista, evitó mirar, trató de ser profesional. Pinamonti se recostó boca abajo. Ingrid buscó algodón, alcohol. Muy lentamente desinfectó el área expuesta. La piel muy blanca, tersa. Pinamonti olía a jabón y a ropa limpia. Ingrid trató de que no le temblara el pulso. Respirá hondo, dijo y ni bien él abrió la boca, Ingrid dio unos chirlitos rápidos sobre la carne floja, clavó la aguja, empujó el émbolo.

Listo, dijo por fin.

Tenés buena mano, le comentó después Pinamonti, mientras se acomodaba la camisa. Ni me di cuenta

Ingrid sonrió.

¿Cuánto te debo?

Nada, contribución voluntaria, para la salita.

Pinamonti sacó un billete de los grandes y lo dejó arriba de la camilla.

¿Mañana a la misma hora?, preguntó.

Cómo no, dijo Ingrid, con una sonrisa.

Los árboles perdieron todas las hojas. Llegaron los grandes fríos. Cayó una helada que quemó todas las plantas de los jardines y dejó el pasto amarillo. Pinamonti pasaba todos los días, más o menos a la misma hora. Se tomaba un café en el club después de almorzar, y cuando terminaba, dejaba la camioneta estacionada frente a la plaza y caminaba hasta la salita. Ingrid lo trataba igual que a cualquier otro paciente. Le iba cambiando de nalga, un día la derecha, otro día la izquierda. A lo sumo, se demoraba apenas un instante más de lo normal pasándole alcohol por el cachete. Y siempre se preocupaba por que no le doliera, le recomendaba que cualquier cosa se pusiera hielo.

No, hielo no, le decía Pinamonti. Cualquier cosa, menos hielo.

Más allá de eso, el trato era normal, correcto. Él siempre le sonreía mucho, y por momentos, Ingrid creía que lo ponía contento verla. A veces, le parecía que él le daba un poco más de charla de lo esperable, como si, por más que ya hubieran terminado, todavía no quisiera irse. Pero después, enseguida, Ingid pensaba que no, que Pinamonti la trataba como a cualquier otro, que era ella la que se imaginaba cosas.

Pinamonti le preguntaba a Ingrid cómo andaba su papá, su mamá, le comentaba cosas del campo, el problema que tenía con unos tractores, cómo le costaba levantarse a la mañana con estos fríos, que en el noticiero habían dicho que iba a ser un invierno largo, que él ya no sabía si creerles o no creerles a los de la televisión, que el meteorólogo de Radio Río Cuarto también había dicho que este invierno iba a ser particularmente duro. Siempre era muy respetuoso, muy serio. En ningún momento dijo nada que Ingrid pudiera interpretar como un halago, o como un piropo. A lo sumo alababa su técnica para poner inyecciones. O miraba alrededor y decía que qué linda que

estaba la salita, que qué bien mantenida la tenían, que qué bueno que era para el pueblo. Pero nada más que eso.

Y así se pasó el invierno. Se terminaron las inyecciones. Se terminó el tratamiento.

Bueno, Ingrid, hasta acá llegaste, se dijo Ingrid a sí misma el último día, mientras veía como Pinamonti se alejaba caminando lento por la vereda, todavía acomodándose el cinto, metiéndose la camisa adentro.

Fue lindo mientras duró pero todo lo lindo se termina, se dijo Ingrid a sí misma y cruzó los brazos y volvió al interior de la salita.

Por un buen tiempo, no lo vio más. Ni siquiera se lo cruzó en el pueblo.

¿Pinamonti no viene más a ponerse la vacuna?, le preguntó una tarde la viejita que iba siempre a medirse la presión a las tres y media.

No, no viene más, se le terminó el tratamiento.

Qué lástima, dijo la viejita. Harían tan linda pareja ustedes.

Pero abuela, qué dice. Si él está de novio con una de las Schneider de Coronel Isabeta. Una de las hijas de Elvio.

Ah, esas Schneider siempre fueron muy lindas, dijo la viejita, pero lo que él necesita es alguien como vos. Ese hombre necesita una mujer buena.

Deje de decir pavadas, abuela. Tiene dieciséis trece, ¿tomó hoy la pastilla?

Pero Ingrid, mientras tanto, sabía que con la Schneider de Coronel Isabeta las cosas no iban tan bien como parecían, que habían visto a Pinamonti cenando en Los Tapiales con una Damiano, que ya no se acostaba con la melliza Vigo, pero que la camioneta cada tanto amanecía estacionada frente a lo de la viuda de Stuky, que cada quince o veinte días se iba a Punta del Agua, decían que allá salía con una amiga de la que había sido su esposa.

Hasta que un día, para Navidad, la madre de Ingrid estaba preparando la cena y se quedó sin mayonesa. Mandó a Ingrid a que se cruzara al almacén de enfrente, a comprar un frasco grande y, ya que estaba, que también comprara pasta de dientes. Hacía un calor bárbaro, era la hora de la siesta, Ingrid andaba así nomás, de pantalones cortos y ojotas, con una remera vieja llena de agujeros y el pelo atado con una colita. Y ni bien entró al almacén, lo vió:

Pinamonti, ahí parado, comprando papel higiénico.

Ingrid intentó esconderse, dar la vuelta y huir por la puerta, pero él enseguida se acercó de lo más amable y la saludó y le preguntó cómo estaba, que tanto tiempo, que qué alegría verla. Y esperó a que ella comprara la mayonesa y la pasta de dientes y la acompañó hasta la esquina y se quedó charlando con ella afuera. Que cómo iban sus cosas, que qué tal todo por la salita, que qué hacía para la Navidad, que si cenaban todos en su casa, que si salía a algún lado o iba a alguna fiesta. Vamos a ir con mis primos a *Iguana Rock*, el boliche de Isabeta, dijo Ingrid.

Él dijo que qué bueno, que qué bien y que lo pasara lindo. Y nada más, pero después se acercó y le dio en la mejilla un beso.

Feliz Navidad, le susurró al oído.

Preocupada porque tardaba y ella necesitaba la mayonesa, la madre de Ingrid se había asomado a la ventana y los había visto.

Ojo vos con el Pinamonti ese, le dijo después, mientras cortaba en finas rodajas el pionono. Ay, mamá, pero qué decís, respondió Ingrid y siguió enjuagando las lechugas debajo del chorro

Es viejo para vos. Y es picaflor. Y no quedó bien de la guerra. Vaya uno a saber las cosas que le hizo sufrir a la pobre esposa esa que tenía en Punta del Agua.

Ingrid cerró la canilla, apoyó las hojas de lechugas sobre un repasador.

Ella lo dejó a él, dijo.

¿Y a vos eso quién te lo contó?

Dijeron en el pueblo.

También fuiste vos la que lo dejó a Juan Pablo, y eso no significa que él haya sido un buen partido.

Igual, dijo Ingrid, de donde sacaste vos que Pinamonti me puede dar bola a mí.

Los vi recién charlando en la esquina.

Charlaba como con cualquier paciente.

Él no te estaba charlando como te charlaría cualquier paciente, dijo la madre de Ingrid. Así que cuidado. Yo sé lo que te digo.

Ingrid bufó, se sacó el delantal, lo tiró a la bacha del lavadero.

Terminá vos con esto, dijo.

Esa noche vinieron sus primos y sus tíos, brindaron todos juntos, celebraron, comieron turrón, garrapiñada, pan dulce. Y mientras la madre de Ingrid se ponía a lavar los platos, Ingrid repasó su maquillaje frente al espejo, se cambió el vestido y se fueron con sus primos a bailar a *Iguana Rock*, el boliche de Coronel Isabeta. No hacía ni media hora que habían llegado cuando lo vio entrar. Pinamonti, de traje oscuro, camisa blanca, corbata celeste. Se le notaba que nunca antes había ido a *Iguana* porque andaba como perdido, ni sabía dónde quedaba la barra, ni dónde quedaba la pista. Dio unas vueltas y cuando por fin vio a Ingrid, fue derecho hacia donde ella estaba y la saludó con un beso y le dijo que qué sorpresa encontrarla, que qué bien que le quedaba el vestido, que qué alegría, y pidió una botella de champán, le sirvió una copa, le ofreció al resto. Las primas de Ingrid la miraban y con las cejas le preguntaban qué onda, qué hace Pinamonti acá invitándonos a todos champán caro, pidiendo más copas, descorchando otra botella. Ingrid se encogía de hombros, como diciendo "ni idea", como sin todavía poder terminar de creerlo.

Esa noche Pinamonti se quedó con ella todo el tiempo y charló con sus primos, con los amigos de Ingrid, les compró champán, gritando por sobre la música fuerte una y otra vez le dijo a Ingrid que qué linda noche, que qué divertido, que qué bien la estaban pasando, que qué lindo grupo de amigos.

En un momento, Ingrid vio acercarse a la Schneider de Coronel Isabeta, la vio pasarles al lado, pararse en la barra a menos de un metro de donde estaban ellos, pero Pinamonti en ningún

momento dio cuenta de su presencia y ni bien le dieron la cerveza que pidió, la Schneider dio media vuelta y se fue sin decir una palabra, la espalda muy recta, la mirada altiva.

Cuando ya eran como la cinco de la mañana Pinamonti se acercó a Ingrid y le dijo: Yo ya me voy a ir yendo, ¿te llevo?

Sí, por favor, dijo Ingrid. Dame un minuto, le pidió y le avisó a una de sus primas que no la esperaran, que ella se iba con Pinamonti y se subió a su camioneta y ni bien arrancaron Pinamonti le apoyó una mano sobre la rodilla.

¿Puedo?, le preguntó después y la miró a los ojos, la cara una única sonrisa. Ingrid sonrió también, y dijo que sí con la cabeza.

Por tanto que me tocaste vos, mientras me aplicabas el tratamiento, dijo Pinamonti.

¡Yo nunca te toqué!, se quejó Ingrid.

¡Sí que me tocaste!, dijo Pinamonti. Me acariciabas toda la cola con alcohol, cada vez que podías.

¡Eso no es verdad!, dijo Ingrid, pero entonces vio que a Pinamonti los ojos le brillaban con picardía, se estaba burlando de ella, le estaba haciendo un chiste. Entonces ella también se rio. Tenés una cola muy linda, dijo.

Y todo el camino hasta San Aldo, por la ruta, Pinamonti dejó la mano sobre la rodilla de Ingrid y cuando llegaron, frenó apenas un momento, en la rotonda.

¿Te llevo a lo de tus viejos o querés venir a mi casa?, le preguntó.

¿Vos qué querés?, dijo Ingrid.

Que vengas conmigo.

Ingrid volvió a sonreír.

Entonces voy, dijo.

Y ahí empezaron a salir. Se veían un par de veces por semana y los fines de semana ella armaba un bolsito y se instalaba en la casa de Pinamonti. Ingrid le puso las vacunas todo ese invierno y estaba feliz, estaba contenta, pero también se daba cuenta: él no se decidía. Cada tanto llegaba alguien a la salita y contaba como al pasar, una Meier de Los Tapiales, una Verdalle de Coronel Isabeta. Todo dicho con medias palabras, rumores de rumores ¿cómo saber si era cierto o cosas que nomás por envidia inventaba la gente? Ingrid estaba bien. Pinamonti le hacía bien. Elegía no creerles.

Cada vez que él pasaba a buscarla por su casa, tocaba bocina y se quedaba esperándola en la camioneta. La madre de Ingrid entonces suspiraba profundo, revoleaba los ojos al cielo. Si es tan buen candidato, que se baje, te toque el timbre y se presente, decía. Mamá, no seas antigua. Recién nos estamos conociendo, le respondía Ingrid y agarraba la campera, salía. Cenas en Río Cuarto. Restaurantes en Villa María. *Iguana Rock* en Isabeta. O simplemente ir a casa de Pinamonti, cocinar algo, ver una película, amanecer en sus brazos, las sábanas enrolladas alrededor de las piernas. A veces, en mitad de la noche, a Ingrid la despertaban sus murmullos, una ristra de palabras inentendibles, dichas entre dientes. Medio

destapado, Pinamonti se revolvía en la cama, hablaba en sueños, a veces daba órdenes, o gritaba apellidos que Ingrid desconocía por completo. Ella le daba un par de palmadas en el hombro. ¿Estás bien?, le preguntaba.

Pinamonti abría la boca muy grande y sorbía el aire como si acabara de emerger del agua después de una zambullida profunda. Se restregaba los ojos achinados, tardaba un rato en reconocer dónde estaba, qué hacía ahí, quién era ella.

¿Estás bien?, volvía a preguntarle Ingrid.

Sí, sí, no es nada, decía Pinamonti. Me debo haber destapado un poco, me dio frío. Después, enseguida, se abrazaba a ella y, mientras ella le acariciaba el pelo y lo apretaba contra su pecho, volvía a quedarse dormido.

Junto con la primavera empezaron a llegar más rumores, más cosas escuchadas a medias, más entredichos. Incluso la viejita que iba siempre a medirse la presión a las tres y media deslizó como al pasar que tal vez Pinamonti no fuera tan buen partido. Ingrid no le hizo caso. Con Pinamonti todo iba sobre rieles, mejor que antes, incluso. Él había empezado a hablar de vacaciones juntos, algún lugar con playa, quince días en enero. Y ya había reservado una cabaña en las sierras para un fin de semana largo de noviembre. Hasta había sugerido que tal vez tendrían que entre los dos organizar un asado para que Ingrid lo presentara formalmente a sus padres, o por lo menos, que lo invitara un sábado a tomar un café en su casa, así podía charlar un rato tranquilo con ellos.

En esos planes estaban cuando un día fue Juan Pablo el que fue a buscarla a la salita.

Me dejaste a mí y al final te fuiste con ese, que te gorrea con una Wainraich, le dijo.

Juan Pablo, por favor, no te metas. Si vos hace tres años que estás casado, tenés dos chicos. Y además me tratabas re mal, me cagabas a chirlos.

Juan Pablo se encogió de hombros.

La Wainraich más chica, va todos los días a la siesta, deja la chata estacionada al frente de la ferretería de Maino y se va para allá como silbando bajito.

No puede ser cierto, dijo Ingrid.

Juan Pablo se encogió de hombros.

Yo ya te avisé, hacé como quieras, dijo y dio media vuelta, empezó a alejarse, las manos en los holsillos

Rajá de acá, andá a inventar refresco de bananas, pelotudo de mierda, le gritó Ingrid desde la puerta.

Juan Pablo se volvió, rápido como como un refucilo.

Para que sepas, le dijo, señalándola con el dedo. Para que sepas, repitió, la Bananagas Cola ya está casi lista. Estoy en pleno patentamiento. Y va a ser todo un éxito. Acá se va a llamar Bananagas y vamos a tener una segunda marca, Plátanogas Cola, para poder exportarla afuera. Ya vamos a ver, cuando yo esté forrado en guita, quién viene a rogarme que vuelva. Idiota, dijo Ingrid y de un golpazo cerró la puerta. Pero al día siguiente, a la hora de la siesta, se escapó de la salita. Encontró la camioneta estacionada frente a la ferretería. Encontró a Pinamonti saliendo por la puerta del patio de la casa de Wainraich.

No puedo creer que me hagas esto, dijo Ingrid.

Pinamonti temblaba, se puso blanco, le pidió disculpas.

Ingrid, yo te juro que te amo, yo te juro que te quiero. Son las islas, es la maldición de las islas. Me trastocaron la cabeza.

Sos un caradura, dijo Ingrid. No quiero volver a verte nunca más.

Por favor, Ingrid.

No, dijo ella.

Cuatro meses estuvo Ingrid sin tener noticias de él. No intentó llamarla. No la buscó por su casa, ni por la salita. Nada. Dejó de hacer las compras en San Aldo. Tampoco iba a Coronel Isabeta. En Punta del Agua nadie tenía noticias. Pinamonti simplemente desapareció. Nadie volvió a verlo. Ingrid bajó seis kilos. Lloró los cuatro meses completos. Maldijo el día en que lo había conocido. Maldijo el día en que su maestra de quinto grado había invitado a Pinamonti a la escuela. Maldijo las cajas de inyecciones, el tratamiento, maldijo el invierno, el verano, las fiestas, maldijo *Iguana Rock*, el boliche de Isabeta, y maldijo los rumores, la hija de Wainraich, Juan Pablo, la viejita que se iba a medir la presión a las tres y media, maldijo hasta la primavera. Y mientras tanto, trató de seguir haciendo su vida.

A mediados de enero, un día, sin previo aviso, le llegó un mensaje al celular: "Ingrid, me voy a las islas. Antes de hacer nada, necesito volver a las islas". Los puntos negros formando pequeñas letras sobre la pantalla verde. Eso, nada más. Hacía mucho calor. Era la hora de la siesta. Ingrid estaba tirada en la cama y, en la penumbra de su cuarto, se quedó un largo rato mirando el mensaje hasta que las letras empezaron a entrecruzarse frente a sus pupilas y dejaron de tener sentido. Entonces tiró el teléfono lejos, hacia la otra esquina de la habitación, giró sobre sí misma, hundió la cara en la almohada y trató de no pensar en nada. De concentrarse solo en el girar rítmico y lento del ventilador.

El mensaje no decía ni cuándo se iba, ni por cuánto tiempo. Pero Ingrid se enteró enseguida, porque todo se sabe en el pueblo. Pinamonti ya había partido. Había mandado el mensaje justo antes de tomar el avión. Iba a estar quince días afuera.

A las dos semanas, cuando volvió, lo primero que hizo fue ir a buscarla a su casa. Era un sábado de humedad pesada, primeros días de febrero. Pinamonti tocó el timbre, lo atendió la madre de Ingrid, él preguntó si Ingrid estaba, si podía pasar.

Ingrid, te buscan, gritó la madre hacia adentro.

¿Quién es?

Es para vos, volvió a decir la madre.

Parado frente a la puerta, Pinamonti evitaba mirarla a los ojos.

Le pido disculpas, dijo en voz baja, sin levantar la vista.

La vuelve a lastimar y lo mato, dijo la madre de Ingrid.

Ahora cambié, soy otro, dijo Pinamonti. Ya resolví todo. Se lo prometo.

Eso habrá que verlo, dijo la madre de Ingrid y después lo dejó pasar.

Siéntese y espérela, le dijo mientras señalaba uno de los silloncitos del living. Ahora le traigo algo fresco. Ingrid seguro va a tener que peinarse, cambiarse, arreglarse un poco. ¿Me escuchaste, Ingrid?, gritó la madre hacia adentro. Por lo menos arreglate un poco el pelo. Sacate el jogging ese. Ponete el vestido.

Ingrid escuchaba todo, escondida detrás de la puerta del pasillo.

Un sudor frío le había brotado sobre los labios, sobre los brazos, en las palmas de las manos.

Apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos.

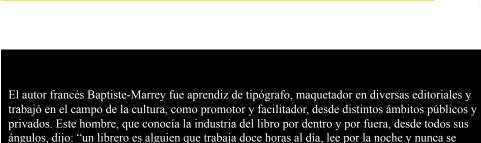


#### CAPRICHO

# UNA LIBRERÍA ES MÁS QUE UN COMERCIO, ES UN LUGAR REPLETO DE HISTORIAS (LAS DE LOS LIBROS Y LAS DE CADA DÍA)

¿Qué cuentan las personas que conocen más relatos? Usados, novedades, colecciones especializadas en alguna temática, estanterías llenas de palabras que cobran sentido cuando llegan a las manos de quien las lea y alguien, una persona, en medio de todo eso, haciendo match entre clientes y ejemplares. Un poco más allá del "qué leer ahora", libreros y libreras narran lo que pasa en sus mundos de libros.

**POR: E. LOGIAN** 



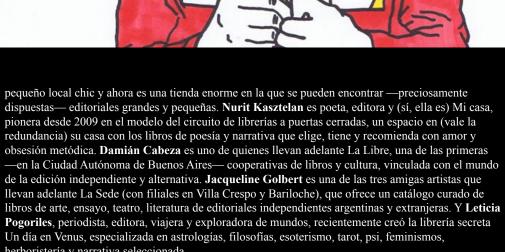
No era negocio entonces, en el siglo XX, y menos ahora. Sin embargo, más allá de las grandes cadenas, la piratería, la pandemia y la caída del mercado económico mundial, las librerías —esas de barrio, las conducidas por personas que saben qué ofrecen— subsisten. Son esenciales literalmente desde el inicio de la cuarentena— en muchos sentidos. ¿Quién elige y por qué dedicarse a eso? Una diversidad de seres extraños, sin duda, que tienen en común la pasión de contagiar lecturas

Hernán Lucas está al frente de Aquilea (uno de los mejores nombres ever), que se especializa en usados, compra bibliotecas seleccionadas, vende una curaduría accesible y amplia de rarezas y esos que busca todo el mundo. Cecilia Fanti lleva adelante Céspedes, que comenzó en un

pequeño local chic y ahora es una tienda enorme en la que se pueden encontrar —preciosamente pionera desde 2009 en el modelo del circuito de librerías a puertas cerradas, un espacio en (vale la redundancia) su casa con los libros de poesía y narrativa que elige, tiene y recomienda con amor y obsesión metódica. **Damián Cabeza** es uno de quienes llevan adelante La Libre, una de las primeras de la edición independiente y alternativa. Jacqueline Golbert es una de las tres amigas artistas que llevan adelante La Sede (con filiales en Villa Crespo y Bariloche), que ofrece un catálogo curado de Un día en Venus, especializada en astrologías, filosofías, esoterismo, tarot, psi, feminismos, herboristería y narrativa seleccionada.

Acá está, este es, mi séptimo capricho de una serie. Esta vez, son seis libreras y libreros de la Ciudad de Buenos Aires, pero vamos a hacer una sección dentro de esta sección que vaya haciendo federal el seleccionado de librerías. Prometo.







#### MADRES CON VIDA SECRETA. BIBLIAS Y EL RASTREO DE UN ORIGEN POR: HERNÁN LUCAS

Con el neuropsiquiátrico que está al lado y el sex shop que está enfrente mi librería forma un triángulo, como el de las Bermudas, pero con la diferencia de que en este, en vez de desaparecer aviones, aparecen fotos de mi madre. Así es. En unos libros que le compré a un economista que mudaba su estudio encontré fotos en donde aparecía ella. Estaban dentro de una revista Sur, que abrí cuando llegué a mi librería. En una de las fotos aparecía con el economista y una mujer: en la otra, solo con la mujer. Estaban sentados detrás de unas mesitas de metal que parecían las de una boîte; casi no posaban, y se les notaba un brillito medio salvaje en los ojos. ¿Ya sería mi madre en esas fotos? Por suerte todavía tenía el papelito con el teléfono del economista y lo llamé para contarle el hallazgo. Me preguntó cómo se llamaba mi madre, y enseguida se acordó de ella y de las fotos. Se sorprendió mucho y, si bien me pidió que se las tenga, que las iba a pasar a buscar, no vino nunca. En cambio, mi madre, a la que llamé después de cortar con el economista, pasó esa misma tarde (vo no estaba) y se las llevó.

Compré una "biblia luterana", como le decía la mujer que me la vendió, y con la cual regateé desde enero hasta marzo. En el medio, me vendió otros libros, bajo un calor tremendo, pero la biblia fue mía recién en marzo. No soy un entendido en biblias antiguas, pero mi intuición de comerciante me llevó a pagar por ese libro lo que habitualmente pago por cien. Durante un tiempo, la tuve en el depósito, mostrándosela a los amigos y a los habitués. Cuando finalmente decidí ponerle precio no supe con qué criterio hacerlo: esa herramienta intuitiva que se forma entre mi antebrazo, mi mano y el lápiz se quedó muda ante el libraco. Había un año, consignado al final de la página, 1600, pero no parecía ser el año de edición. La mujer que me lo vendió sugería que podía ser una primera edición de la Biblia traducida por Lutero. (Al parecer, la bomba de Lutero fue traducir la Biblia a un idioma que hablara el pueblo, el alemán, sacarla del latín, al menos eso fue lo que estudié en tren de ponerle precio.) Pero no había caso, en internet no encontraba nada sobre ese ejemplar. Entonces, decidí llevárselo a los anticuarios Bullrich-Wernike para que lo tomaran como pieza de remate, y de paso, por fin, enterarme del año y del precio. Cuando llegué me atendió un viejito minúsculo, Bullrich, al que se le cayó el libro al piso apenas se lo di. En el accidente, alguna página se salió, o algo se rompió, no me acuerdo bien; me asusté, y me parece que él también. Siempre me quedó la duda de si su rechazo del libro como pieza de remate no habrá sido para sacarse de encima el accidente. Sin embargo, me fui de ahí, al menos, sabiendo de qué año aproximadamente era el libro: 1730. Bullrich lo averiguó rastreando el nombre del grabador, grabado al pie de los grabados, Andreas Nunzer según los años entre los que este vivió. Volví a mi librería con la biblia en una bolsa, tratándola con un poco menos de cuidado que a la ida. Pese al nuevo dato, no pude encontrar ninguna referencia para establecer un precio. Por ahora, decidí que no tuviera ninguno. Mi empleado construyó una plataforma con maderas y tanzas para exhibirla abierta. Como está justo enfrente de un gran ventilador de pared, en verano tuvimos que sacarla para que el viento no la deshojara.



#### LO MÁS MARAVILLOSO QUE ME PASA EN LA LIBRERÍA ES TENER UNA LIBRERÍA POR: CECILIA FANTI

Estar al frente de una librería es estar al frente de un comercio. Y decir que les comerciantes atendemos un negocio es una obviedad. Decir que une librere es comerciante es algo más bien raro o no tan escuchado. En cualquier caso, atender es sinónimo, también, de esperar. Les comerciantes esperamos a les clientes, como si miráramos al futuro y tratáramos de adivinarlo. Esperar y atender requieren, también, de un acto de presencia. Atender un negocio es una actividad analógica y, por lo tanto, una forma de presencia fuertísima. Les comerciantes esperamos detrás del mostrador o entre las estanterías mientras les indecises o desinteresades nos espían desde la vereda y observan fugazmente nuestra actividad o saludan con la mano o señalan una rareza o siguen camino.

Atender un negocio puede ser, también, una de las formas más acabadas de la rutina. Cada día despierto, desayuno, salgo a trabajar y llego a la puerta de la librería un rato antes de su apertura para repetir, cada vez, las mismas acciones. Busco las llaves en el bolso, abro la puerta mientras me repito que no tengo que olvidarme de cerrarla —porque ninguna puerta debe abrirse a les invitades hasta que todo esté listo—; prendo las luces, dejo el abrigo y el bolso, enciendo las computadoras, reviso las bibliotecas, acaricio el mostrador y desempolvo con franela o plumero las superficies que, en apenas una noche, fueron cubiertas por una capa finísima de polvo o de hollín; levanto a los suicidados nocturnos, curiosamente siempre un policial o ensayo oscuro (A veces el caído es un libro infantil y, cuando lo levanto, le hago algunas preguntas, miro esa esquina mocha y la enderezo como quien pone un vendaje o una compresa de agua fría). Casi nunca pregunto por qué.

La cortina, telón de acero, sube con algo de pereza aguda. El motor tapa cualquier otro ruido y la necesidad de evadirme de ese sonido quejoso e insoportable me ayuda a decidir qué música va a acompañarme en la apertura: un folklore, algo de jazz o rock; en general, clásicos aunque algunas veces la novedad se cuela, insolente, y se hace un lugar entre los favoritos. Entonces la librería-cofre deviene en caja musical, guardiana de sus propios tesoros, tantos como títulos de libros hay disponibles. Les libreres y luego les clientes somos bailarines que, en el tiempo hoy regulado por el protocolo, recorremos ese espacio, juntes, interrumpiendo lecturas para establecer la conversación, acercar un recomendado, escuchar anécdotas y compartir experiencias.

A veces me pongo a pensar en este rol, en esta rutina cada día distinta, en estos días que se marcan, se escapan, pero nunca se superponen. En la permanencia de la frase non nova sed nove: no cosas nuevas, sino de una manera diferente. En definitiva, la literatura; la vida como lectores, la vida entre libros. No importan las cosas nuevas, sino la manera en que esas cosas se vuelven novedosas y entonces únicas, irrepetibles. Tener una librería es hacer de cada día un atentado contra la rutina, una búsqueda del tesoro, una coreografía improvisada, una alianza con otre a quien quizás no vea nunca más aunque lo desee.

Ser librera es una manera de jamás dejar de sorprenderme. De no temerle nunca más a la rutina



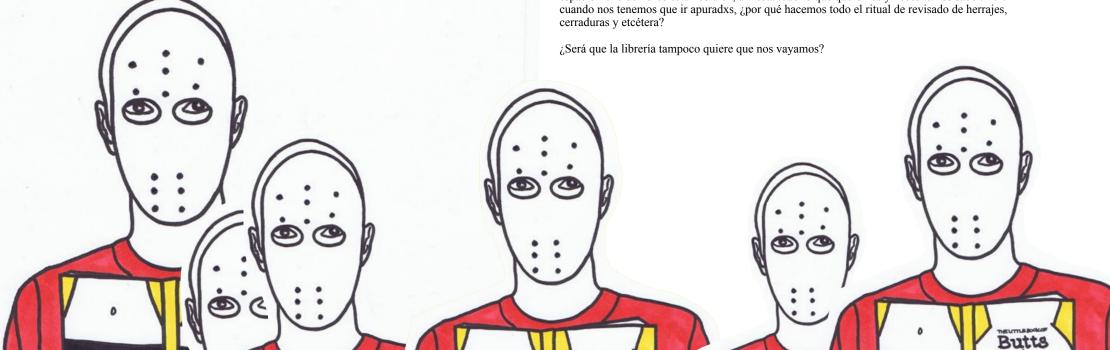
#### RECUERDOS DESMEMORIADOS: AUTORES ADMIRADOS Y GENEROSIDADES RANDOM POR: NURIT KASZTELAN

Si me piden que cuente alguna anécdota divertida con un cliente que haya venido a la librería y empiezo a revisar para atrás, no encuentro. Habrá pasado y ahora no me acuerdo? Es probable. Pero, ¿por qué recordamos unas cosas y no otras?, ¿cómo se construye nuestra memoria?, ¿el recuerdo es un capricho, o forma parte del azar?

Lo que inmediatamente se me viene a la cabeza son libros de anécdotas como *Librerías*, de Jorge Carrión, y Aquilea. Crónicas de una librería, de Hernán Lucas.

Tal vez lo que sí me pasó es que este trabajo me permitió conocer a un montón de gente que admiro, algo que tal vez de otro modo no hubiera sido posible. Terminé haciéndome amiga de Ariel Farace, por ejemplo, y el vínculo se estableció porque me traía el catálogo de Libros Drama; o en una cena íntima con Lorrie Moore, porque Anna Moschovakis, de Ugly Duckling Presse, una editorial con sede en Brooklyn con la que trabajo, me invitó después de conocer la librería. O cosas de una generosidad increíble.

Una vez Noemí, una señora que ni siquiera era cliente, me escribió por Facebook para decirme que quería contribuir con el proyecto y donó dos cajas llenas de libros usados con varias joyas increíbles.





#### ROMANTIZATOC DE UN LIBRERO EN SU LIBRERÍA POR: DAMIÁN CABEZA

Cada vez que me voy de La Libre, o sea, cada vez que cierro, chequeo varias veces que todo esté bien cerrado, que los rieles de las cuatro persianas se inserten correctamente en sus respectivos herrajes, que la cortina metálica de cinco metros esté en el nivel justo —al ras del suelo, ni un centímetro por arriba, ni un centímetro por debajo, sin pliegues en su estructura—. Sacudo las cinco puertas ya cerradas para confirmar que sigan así y para que yo me pueda ir tranquilo a mi

Mientras hago todo esto pienso que no está bien revisar mil veces lo que ya está cerrado, y mientras tanteo herrajes o cerraduras me distraigo con un libro que veo sobre una de las mesas o bibliotecas y que no tuve tiempo de mirar durante la jornada laboral. Cuando dejo el libro otra vez en su lugar, vuelvo a revisar todo de nuevo, las persianas, la cortina, las puertas...

Una vez le conté este modus operandi repetitivo a una colega, en busca de ayuda a este problema que me desespera, y ella me contó que un día se tuvo que bajar del colectivo porque no estaba segura de haber cerrado su librería y volvió para comprobar lo que ya sabía: la puerta estaba correctamente cerrada. Sentí un alivio tremendo al saber que no estaba solo en este problema y nos entendimos como dos alcohólicos anónimos va conocidos.

Ese día, llegamos a la conclusión de que no tenemos ganas de irnos de la librería, que en este espacio lleno de libros estamos bien, ahí está todo lo que queremos y necesitamos saber. Pero



#### LO INESPERADO. LO RARO. LO ATERRADOR ES LO QUE ARMA LA LISTA DE COSAS HERMÓSAS POR: JACQUELINE GOLBERT

Una lista de cosas que me pasaron:

- -Tener que salir de la librería para que entren lxs clientes por lo chica que es la librería.
- -Que llueva adentro y se corte la luz al mismo tiempo.
- -Las campanadas de la iglesia de enfrente, que se inmiscuyen en todos los audios que mandamos y tapan las conversaciones que tenemos.
- -Tener sexo en la librería, con la puerta abierta.
- -Mi bicicleta colgando de un gancho del techo.
- -Un vecino del consorcio que nos odia y me dijo que compre una cortina que tape bien el interior porque no estaría bueno que "alguien" rompiera la puerta de una piña.
- -Venderle diez libros a una sola persona.
- -Recitarle un poema a los gritos a alguien para que compre un libro.
- -Convencer a una clienta para que adopte a un caniche que se encontró en la puerta de la librería.
- -Intercambiar mensaies con escritorxs que admiro, por ser librera.
- -Que las distribuidoras me manden libros de regalo, por ser librera, y sentirme VIP.
- -Quedarme dormida sobre el escritorio.
- -No llegar a abrir la cerradura de arriba de la puerta y esperar a que pase alguna persona muy alta para pedirle que me ayude.
- -Tomar cuatro cafés por día para sobrevivir.
- -Leer menos de lo que me gustaría, porque cambiar precios me lleva mucho tiempo.
- -Leer menos de lo que me gustaría, porque con tantos libros me pongo ansiosa y leo un poquito de cada uno.
- -Tener la librería de mis sueños con dos amigas.



#### UN SECRETO QUE SE PUEDE CONTAR POR: LETICIA POGORILES

Un día en Venus es mucho y todo, y a veces, nada y poco (dependiendo del momento del mes). Abrí sus puertas en plena pandemia, buscando que sea un espacio de nicho: astrologías, feminismos, tarot, pensamiento y con una selección de narrativa, siempre alrededor de esos multiversos. Solo a una persona uraniana con alto componente escorpiano se le ocurriría abrir un negocio cuando nadie podía salir. Pero me sigo sorprendiendo de lo que puede hacer un libro. Con un dinero ahorrado (luego de una indemnización post despido), algo de ayuda, mucha creatividad, inconsciencia y la convicción de agotar un deseo que acaricié por años, materialicé una librería secreta de puertas cerradas, abierta al público.

Lo más hermoso que le pasó a esta librería, sin intención de demagogias, son lxs lectorxs que vienen, que se conectan. Se abrió una red de gente increíble, sorora, brujxs mágicxs, pero concretas, de acción, feministas, cero caretas, cero postura. Mi mayor logro es haber hecho esa conexión en tan poco tiempo. Hola, Urano.

Ejemplo de eso fue que un día que la astróloga y novelista Mercedes Dellatorre, que se editó su propio libro, vino. Me dejó su material exquisito. Volvimos a hablar y va estamos craneando juntas y muy tranquilas un proyecto editorial, feminista, astrológico y profundo. Veremos el alcance de esa semilla venusina. Por ahora, sigo llenando excels, haciendo lo que puedo en redes, leyendo menos que antes y abriendo un vino los viernes, los días de Venus, apenas despunta la primera estrella.

#### CRÉDITOS. MAPA. PARATEXTOS:

- \* Los dos textos de Hernán Lucas son de Aquilea. Crónica de una librería (Bajo la luna, 2013). Librería Aquilea queda en el centro porteño, Avenida Corrientes 2008, CABA.
- \* El texto de Cecilia Fanti fue escrito especialmente para **DSE** y su foto, gentileza de Lara Sartor. Céspedes Libros queda en Avenida Álvarez Thomas 853, Colegiales, CABA.
- \* El texto de Nurit Kasztelan fue escrito especialmente para **DSE** y su foto, gentileza de Alejandra Bonaccini. Librería Mi Casa queda en el barrio porteño de Villa Crespo, CABA, la atención es personalizada y por turnos, con cita previa libreriamicasa.com.ar
- \* El texto de Damián Cabeza fue escrito especialmente para DSE. La Libre queda en Chacabuco 917, San Telmo, CABA.

- \* El texto de Jacqueline Golbert fue escrito especialmente para **DSE**. La Sede —que mide siete metros cuadrados— queda en Gurruchaga 1041, Villa Crespo, CABA, los miércoles, viernes y sábados. En Bariloche, por teléfono al 011 6586 1680. Y siempre online en librerialasede.com
- \* El texto de Leticia Pogoriles fue escrito especialmente para **DSE**. Un día en Venus queda en avenida Scalabrini Ortiz 728, timbre "Libreria", Villa Crespo, CABA.

MUCHAS GRACIAS A LAS LIBRERAS Y LOS LIBREROS QUE NOS COMPARTIERON ESTAS HERMOSAS TRASTIENDAS. Y UN CHIN CHIN ESPECIAL A DANIELA PASIK Y MARIANA ARMELÍN POR LA PRODUCCIÓN.



La sexta novela del celebrado autor argentino de literatura infantil y juvenil es muchas en una sola: un relato costumbrista sobre la vida en el campo años atrás, una historia sobre la inocencia y los lugares que castigan a quienes sienten diferentes, un manual para perder el miedo a crecer y, además, un relato de ciencia ficción sobre invasores extraterrestres. Una constelación que le permite, como siempre, llegar tanto a un público joven como a los llamados adultos.

POR: MARTÍN GAGLIANO



Su debut, La venganza de la vaca (1999), es un thriller de represalias repleto de humor tenso. Los vecinos mueren en las novelas (2000) es un relato de suspenso psicológico entre un hombre y su vecina, una anciana aparentemente dulce. En El misterio de Crantock (2004) hay algo extraño que pasa en un pueblo ¿tranquilo? El hormiguero (2009) cuenta cómo unas vacaciones en el campo se vuelven cada vez más raras, igual que la tía excéntrica que tiene una relación algo particular con la naturaleza. Y en La señora Pinkerton ha desaparecido (2018) vuelve al horror en la casa cercana, pero esta vez es la viejita la que siente una amenaza cuando llega a su vecindario una joven y hermosa ¿bruja?

En su nueva novela, *La más callada de la clase* (Editorial Norma, 2021), Sergio Aguirre mantiene su marca de estilo: además de una trama de misterio atrapante, con extraterrestres incluidos, trata temas más profundos. En este caso, el bullying, el valor de la amistad, la presión social y el romance. La historia sucede en un pueblo aislado en medio de la llanura pampeana, en la Argentina de finales de los años 60. A Tina —una chica respetuosa, obediente, solitaria y silenciosa— le cambia el mundo cuando conoce a su vecina Nancy que, con la rebeldía de sus 15 años, llega a revolucionar la aburrida calma del lugar.

A partir del momento en que se conocen, crece entre ambas, casi sin que se den cuenta, un vínculo inquebrantable de admiración, aprendizaje y amor que les permite surfear las miradas desaprobatorias y los actos de crueldad de grandes y chicos en un lugar que castiga con dureza a quienes sienten o piensan diferente. Las chicas pasan las tardes de verano en su guarida, un cuarto abandonado en el patio de una casa vecina, al que equipan con televisión, tocadiscos, lámparas de colores hechas con papel celofán y posters en las paredes. Leen sobre casos paranormales en la revista *Mundo loco*, inventan trampas para descubrir si las muñecas están poseídas o tratan de desenmascarar a los extraterrestres que, creen, viven camuflados entre la humanidad.

Esta novela es un viaje. El de Tina y Nancy entre la infancia y la adolescencia. El que da el salto entre un mundo y el otro. Y así como gran parte de la trama habla del espacio exterior, al mismo tiempo narra el crecimiento interior. Dos amigas cosmonautas que buscan su camino conjunto entre las estrellas. Aguirre, originalmente psicólogo, hace un uso inteligente de su formación para crear personajes con intensidad y variedad de matices.

Las protagonistas evolucionan en cada etapa de su vida, cambian de opinión o postura y todo sucede con naturalidad y realismo. Los otros personajes, también. Por ejemplo, Úrsula, archienemiga de Tina, hace bromas que van mutando de tono a medida que crecen. No es igual en la primaria que en la secundaria. La burla infantil le da paso a un tono más hiriente. También está plasmada con inteligencia la pérdida paulatina de la inocencia en las cartas que escribe Nancy a medida que se deja llevar por su propia narrativa conspiranoica.

Incluso el pueblo, casi como otro personaje, se va transformando. Se intuye una atmósfera distinta en cada parte del relato, acorde a los cambios de la Argentina de principios de los años 70, temática y geografía que Aguirre trabaja con maestría, como en 1995, cuando ganó el primer premio del concurso "Memoria por los Derechos Humanos". Y ahí está en ese lugar, entre esas personas, un gusto al fondo del paladar en la pregunta subyacente: ¿quiénes son realmente esos extraterrestres que quieren invadir y conquistar este mundito?

La estructura de capítulos cortos, que funcionan a veces como microrrelatos, da mucho dinamismo de lectura y ayuda a que de a poco se incremente el vértigo de la trama. Con cada plot twist (spoiler alert: hay varios) se disparan nuevas hipótesis sobre lo que en verdad está pasando en el pueblo y se llega a un punto de la historia en la que hay que apostar por alguna. ¿Existen las muñecas asesinas?, ¿hay una probable invasión extraterrestre?, ¿es posible un complot nazi?, ¿es todo una fantasía adolescente?

La más callada de la clase es, además de todo esto, un homenaje a la ciencia ficción clásica, con charla empática para la persona adulta que lo lea antes, a la vez o después que el público juvenil al que está dirigido. No hagan caso a esta etiqueta de mercado. La buena literatura es para cualquier edad. Se respira en esta novela un aroma a aquellas historias fantásticas que se entregaban en fascículos coleccionables o se podían ver en funciones especiales de cine en continuado. Y, por último, como coronando el postre de cualquiera con nostalgia del siglo XX, revive con respeto la memoria de Fabio Zerpa, José de Zer y tantos otros que, con mayor o menor rigurosidad, intentaron demostrar que la humanidad no está sola en el cosmos.





Nací pollo. No me pusieron nombre ni número, así que me autodefino "Súper Pollo GT" o "SPGT". Lo de GT no es por gran tamaño, aunque podría serlo, sino por "Gallinero Tronchelli", lugar donde vivo. Tronchelli, el dueño, intenta ser un buen tipo con todos los pollos, pero eso no importa. Decidí huir y necesito confiar, por lo menos una vez, en un humano. Así que si están leyendo esto espero que me ayuden. Tenemos que armar un plan, y rápido. Antes, tienen que saber, porque influye en el procedimiento a seguir, que soy doble pechuga, un verdadero pollo de diseño genético. Eso implica que estoy, estamos, preparados para vivir sesenta días. Y cuando llega ese día, ¡zácate! Nos trasladan a otro galpón donde esperan los verdugos. Pero ese no será mi caso. Estoy decidido a no terminar condimentado en una bandeja de telgopor, envuelto en papel film, en una góndola de supermercado.

La huida no va a ser fácil, pero tampoco es imposible si me ayudan. Me quedan dos días para los sesenta. Hay que apurarse. Vivo en el tercer piso de jaulas apiladas y convivo con siete pollos más, pero ninguno es un SPGT y no traerán problemas para el plan: están demasiado anestesiados. Los antibióticos te liquidan. De mi jaula al piso hay dos metros y diez centímetros. Desde ahí hasta la puerta, siete metros más. O sea que estoy, en total, a menos de diez metros de la salida. Primero tengo que salir de la jaula. Después puedo volar al piso, aunque tengo pocas plumas creo que son suficientes. Por último, toca una corrida hasta la puerta. Finalmente, ¡la libertad de los campos verdes litoraleños que tanto quiero ver!

Volviendo a nuestro plan. Lo que tenemos que lograr en equipo es que se corte la luz. Hay que hacer saltar las térmicas, sería lo ideal. Ya calculé y entre el corte y el encendido del generador hay cinco segundos. Son cruciales. Sin electricidad se desactivan las cerraduras de las jaulas. Ese es el momento perfecto para llevar adelante la primera parte del plan.

¿Quién de ustedes puede entrar a esta historia a ayudarme? ¿Hay alguien dispuesto a hacer el bien? Vos, con tu estómago lleno de pollo, podrías salvarme para redimir culpas. O vos, que te la pasás rescatando gatos en redes sociales, podrías dar un paso más.

—Ok, entrás vos. Me cae bien tu actitud colaborativa. Tampoco tengo tanto tiempo como para ponerme a elegir más al detalle. Prestá atención: el tablero eléctrico está entrando al galpón, al fondo a la izquierda. Cuando llegues ahí te vas a dar cuenta de qué hacer. Lo que sí, tendrías que venir cuando oscurezca. Al terminar el día, Tronchelli viene a prender las luces para que sigamos comiendo toda la noche. No dormimos. Nunca. Un rato después de que comience ese engaño, es tu turno.

Tronchelli siempre deja la puerta abierta cuando viene a simularnos el día. Prende las luces, hace una recorrida corta y sale. Ese es el momento. No hay otro. Tenés que entrar detrás de él sin que te descubra. Yo voy a estar atento, así que te voy a ver y sabré que es el momento. Gracias, humano. Te espero.

Mientras, intento pensar en otra cosa, pero estoy tan ansioso que no puedo. Me gustaría molestar un rato a mis compañeros, jugar. Soy el único que tiene el pico entero, podría picotearlos hasta hacerlos sangrar. Nos enloquece el rojo y cuando lo vemos no podemos parar. El día que vinieron los cortapicos logré esconderme, ¿ves que tengo habilidades?, y como somos tantos —y casi todos iguales— nadie advirtió mi ausencia. Por eso, soy el único con pico entero. Eso me da ventajas dentro de la jaula. Desde entonces, soy SPGT, y el único con chances de escapar.

Hasta que llegue el momento me dedicaré a hacer todo lo que hace un pollo común en un día común: comer, cacarear y cagar. Así pasa el tiempo. Está oscureciendo.

—Atención, humano, está llegando la hora de tu redención.

El sol termina de caer.

—No me falles.

Tronchelli entra a cumplir su tarea.

—¡Ahora, humano!

Es el momento de que entres de verdad en la historia.

Te veo pasar y Tronchelli no. Tuve suerte de confiar justo en vos. Los humanos en general decepcionan. Pero se corta la luz y se destraban las jaulas. Estos son mis segundos. Empujo la puerta con el pico y salgo. Bato con fuerza mis alas rotas, responden, se abren. ¡Vuelo por primera vez!

Llego al piso en picada y corro. Me quedan pocos metros. Mis patas son cortas y no soportan mi peso. Tengo que seguir. La salida está a menos de un metro cuando se enciende el generador. Se activan las luces, pero estoy cerca. Soy un Súper Pollo, no me puedo rendir. Escucho detrás de mí los pasos de Tronchelli. Se acerca. Lo siento. Sigo corriendo. La puerta cada vez más cerca.

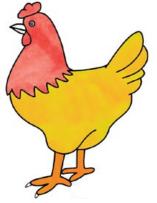
Corro con todas mis fuerzas, las que ni sabía tener, y llego a la última parte del plan: la puerta. La cruzo.

Sa

No veo los campos verdes. Hay una noche cerrada. No distingo mucho más allá de mi pico. No sé dónde estoy. No conozco el afuera. No importa. Logré escapar.

La oscuridad trae un sueño que desconozco.

Tal vez durmiendo encuentre mis campos verdes.



# LA OTRA HIJA, DE SANTIAGO LA ROSA: EN EL NOMBRE DEL PADRE

Un thriller existencial, corrido de lugar, sin crímenes, construido a través del viaje introspectivo de un joven que acaba de tener un bebé. A partir de la búsqueda de una historia, la propia, más allá de su pasado familiar, incluso en la prehistoria de su llegada al mundo, va develándose la pregunta que tensa la trama: ¿quiénes fueron las personas que nos criaron?, ¿quiénes somos cuando criamos a alguien?

POR: DARÍO SOSA



Un hombre recibe la noticia de que va a ser abuelo. Primero se sorprende, luego brinda emocionado y cuando se confirma que va a ser una nena el desconcierto deviene en incredulidad. Más tarde, antes de que la nieta empiece a caminar, el abuelo desaparece de la vida familiar. La otra hija (Sigilo, 2021), la nueva novela de Santiago La Rosa, es la historia del hijo abandonado, padre reciente, que intenta entender el motivo de ese alejamiento

El protagonista, de 28 años, es psicólogo, lector y le gusta, aunque le cuesta, escribir. Cuando nace Luna, su primera hija, le empieza a pasar lo que a tanta gente: tiene miedo a que le suceda algo malo. Con ese temor paterno, desde el comienzo de la novela el autor —también director de CHAI Editora, fundada en 2019 en San Javier, Córdoba, dedicada a descubrir y traducir narrativa contemporánea— va construyendo la tensión de una trama intrincada, pero fácil de seguir. La elección de la primera persona y la sencillez elegante de la escritura favorecen esta historia, en la que no faltan los giros y en la que el autor logra un ritmo intenso y no menos reflexivo.

El narrador, de quien nunca se devela el nombre, viaja con su familia a las sierras buscando paz. Lee a orillas de un río cuando lo sorprende un grito. La amenaza inminente: cree que su hija otra vez está en peligro. "Lo que habíamos celebrado tanto, el aire limpio, los animales, el camino que aislaba con kilómetros de pozos y piedras, el pueblo chico que cerraba a la hora de la siesta y que apenas tenía un almacén, de pronto se había vuelto una trampa", dice, agitado, ante el susto.

De vuelta a la ciudad, con su hija sana y salva, y el cansancio del accidente que no fue, en un intento de decodificar sus temores, encuentra finalmente la motivación para escribir, pero eso también lo hace tropezar con el fantasma de ese padre ausente. "Nunca lo vi dudar, no tenía miedo", dice y se lamenta que ese hombre, que tenía una respuesta para todo, ya no esté. Se fue de su casa sin dar explicaciones, solo dejó una grabación en la que una voz desconocida relata la carta astral de Luna y profetiza un destino complicado.

Este chico asustando por el devenir de su hija no sale a buscar a su padre, sino que intenta entender por qué se fue, quién es y, principalmente, quién fue. Lo primero que aflora, entonces, es el recuerdo de la familia que tuvo antes de él. La otra hija, su madre y la muerte de ambas, en la prehistoria de su propia infancia oscurecida por el silencio y la falta del principal testigo.

La Rosa construye esta novela como un policial extraño. No hay un crimen que resolver, no hay un cuerpo desaparecido o delincuente inhallable, tampoco hay un detective, ni periodista o investigador privado. Hay un hijo, padre reciente, que busca una historia. Habla con gente que le cuenta versiones cruzadas sobre el pasado y la imagen de su padre tambalea. "Su vida eran historias que no se tocaban", reflexiona.

La búsqueda de testimonios para reconstruir la figura de una imagen paterna podría conversar con El silencio es un cuerpo que cae, el documental de Agustina Comedi de 2017. Pero la diferencia es que acá, en la novela, el padre del protagonista no está muerto ni dejó grabaciones o registros que puedan servir para tejer un mapa, "No quedaban fotos que contaran una historia", dice el narrador, perdido.

¿Cuánto se le puede perdonar a un padre? Es una de las tantas preguntas que podrían aparecer al avanzar en esta historia. Pero la pregunta clave que sobrevuela el libro y, sin duda, aparecerá en cualquiera que lea es: ¿quiénes fueron las personas que nos criaron? La búsqueda de esta respuesta es dolorosa, y al protagonista además lo acompañan los temores por su hija, los miedos referidos a su rol como padre, la posibilidad latente de repetir errores y el peligro de conocer una verdad que quizá sea demasiado tremenda.

Como en su novela anterior, Australia (Metalúcida, 2016). La Rosa indaga sobre la paternidad, la herencia y el cuidado. Lo vuelve a hacer desnudando a los personajes, mostrando no solo sus miedos y contradicciones, sino también sus lados más íntimos, oscuros: "Mientras la veía alejarse con sus pasitos cortos pensé en lo fácil que sería atraparla, revolearla contra la cama, darle una cachetada que la calmara", narra el protagonista y ahí, cuando el padre que teme por su hija se transforma en temerario, es cuando la alarma de la herencia grita más fuerte. Y encontrar respuestas se vuelve más necesario.

La otra hija, de Santiago La Rosa. Editorial Sigilo, 2021. 251 páginas. Se consigue solo en formato físico.



Cuando jugaba en las inferiores de Rosario Central, el entonces muy joven Ignacio Bogino estaba de novio y la relación terminó. La ruptura lo dejó triste. En la biblioteca de su casa se topó con *La canción de nosotros*, la novela de Eduardo Galeano, y lo leyó sin pausa, en silencio. Cuenta que lo invadió una sensación de protección que lo hizo sentir mejor. Así fue que encontró refugio entre las letras y la narrativa, pero lo mantuvo en secreto. Ahora, que ya tiene 35 años, además de ser futbolista profesional, lee sin esconderse, dibuja, pinta y también escribe.

Después de aquel primer encuentro con la literatura, Bogino comenzó a tejer una red de lectura que lo acompañaba en todo momento. No podía parar de leer distintas novelas y cuentos hasta que lo empezó a pellizcar por dentro una pulsión de escribir. Para mediados de 2015, una tragedia familiar lo sacudió por completo y necesitó meterse de lleno en otro mundo, uno que no fuera el de la cancha. Entonces, lanzó, con otros compañeros de cuando jugaba en la primera de Temperley, *Final de juego*, un programa de radio en el que hablaban de "literatura, fútbol y pensamiento", dice.

Ahí conoció a Gabriela Cabezón Cámara, que fue de invitada, y para 2018 se había sumado a su taller de narrativa. Estaba escribiendo, entonces, y jugaba en Brown de Adrogué, cuando ese mismo año lo invitaron a participar de *Pelota de papel 2* (Planeta), una antología que reúne relatos escritos por futbolistas y directores técnicos. A fines de abril estuvo en la presentación, en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, junto a colegas de las canchas como Emmanuel Gigliotti, Juan Pablo Sorín, Tito Bonano, la entrenadora Evelina Cabrera y la directora técnica Mónica Santino.

"Me fui metiendo de a poco, sin querer, en la escritura. Yo no sabía poner ni un acento. Era una exploración de lugares que para mí eran inaccesibles", cuenta el defensor de Central Córdoba de Rosario, que ya está de retirada en el fútbol, pero desembarcando en el mundo literario. En 2020 Bogino publicó *Jugador de fútbol*, con una tirada de 200 ejemplares por la editorial independiente cordobesa Cuentos María Susana, que publica un relato por libro y codirige el escritor Federico Falco. Es un cuento autobiográfico que habla de mucho más que canchas y pelotas. Ahora está terminando su primera novela, que tiene como marco el deporte, pero tampoco es el tema central. "Es un híbrido", califica el autor.

Bogino no es un futbolista que escribe, es un deportista que de a poco se fue convirtiendo en artista. Y sigue leyendo, mucho, pero no "literatura deportiva", advierte. "Leo novelas, cuentos, ensayos, voy por ese lado. Y desde que empecé a escribir, mucha poesía. Para mí, si la narrativa no tiene poesía, no es interesante. Después de ir explorando autores creo que el género es una excusa. Me interesa el punto de vista de la persona, entonces, empiezo a leer lo que va saliendo", explica.

#### —¿Esa narrativa poética que te gusta en los textos la encontrás en la cancha?

—En el fútbol profesional es complicado romper con el estereotipo de jugador porque está muy contaminado. Hay tanto miedo a perder que uno se empieza a cerrar, a mostrarse más rígido. Es como si la sensibilidad y la emoción fueran incompatibles con la profesión. A medida que vas subiendo de categoría, se empieza a formar eso y funciona a niveles perversos. Entonces, es dificil que aflore algo ahí, porque van pisando todo lo que crece. Yo lo veo de esta forma: la primera división es un campo de soja de Monsanto, donde hay proactividad a full, toda la línea igual. Ahora, que juego en la C, es diferente. Para mí la narrativa poética está toda ahí. Es algo muy importante. También cuando jugué en Brown de Adrogué, con Pablo Vico, que está hace doce años en el club, dirigiendo a ese equipo, y lo que genera... solo lo ves ahí, en el ámbito del ascenso. Es un director técnico literario. El ascenso es un patio de barrio en donde van creciendo las plantas por las grietas. Se juega por otra cosa. Está la ilusión de progresar, de que la vida cambie, pero se juegan cosas más importantes y se ven situaciones de compañerismo y de grupo que en Primera no, porque hay otras miserias y competencias.

### —¿Por qué creés que se tiende a separar el mundo del fútbol y el de la literatura, como si no se pudieran juntar?

—Un poco caí en esa trampa, de amoldarme a esos preconceptos de que todo lo que está por fuera de la formación del jugador y del fútbol es un desperdicio y una pérdida de tiempo. Yo siempre tuve interés en otras cosas y cuando empecé a jugar de forma profesional dejé todo de lado. Pero siempre había algo más adentro y no me daba cuenta de la necesidad que tenía de que saliera. Cuando me animé a escribir me di cuenta de que también era mejor jugador. Y desde ese momento fue algo inseparable. Había empezado un poco antes con el dibujo, pero me interesaba aprender a escribir porque sentía que había un universo fuera del fútbol que es la vida, propiamente dicha. De a poco eso fue agarrando una forma propia, un color que se mezcló con mis experiencias, con mi forma de jugar a la pelota, que es la manera en la que escribo y siento las cosas. Ahora todo está bien mezclado y bien ordenado.

#### —¿Fue como salir de una zona de confort?

—Sí. Cuando me comencé a preguntar, a ponerme en estado de creación, empezaron a aparecer cuestionamientos que iban desde cómo era yo como profesional, cómo veía el deporte, a dónde quería ganar, y empezó a perder peso el circo que hay montado sobre lo profesional y al que me había subido. Entonces, escribir me cambió la forma de vivir.

#### —Cuando empezaste a escribir, ¿qué te decían tus compañeros?

—Al principio fue medio como una lucha, y no tenía mucho sentido forzar ideas. Entendí que son ambientes diferentes y que había que saber convivir en ambos. Los dos son importantes y forman parte de mí. Entonces, se empezó a generar un interés, pero sin que lo haya impuesto. Y de apoco se acercaron compañeros con inquietudes de explorar otras cosas. Lo que pasa es que nos niegan esa posibilidad, nos hacen descartar, a través del proceso de formación, esa parte. Y tenemos poco espacio para modificarlo o cuestionarlo. En un ambiente machista como el fútbol,

decir que uno tiene miedo, que no le salen las cosas, no es fácil. Y del arte, que tiene que ver con la sensibilidad, que se puede connotar con lo femenino, te hacen creer que es todo lo contrario al fútbol. Pero es importante entender que todos tenemos ese costado, y que podemos estar angustiados por diferentes razones.

#### —¿El arte ayuda a contactar con la parte humana del jugador?

—Sí, exacto. Es extraño, porque los pibes, los más chicos, todos quieren llegar a Primera. Esa es la ilusión y está bien, pero es toda una máscara, porque a cualquier jugador, hasta a los de elite, le pasa lo mismo que me pasa a mí, y a cualquiera. Estamos todos en una, y al no tener herramientas para canalizar eso, la pasás un poco peor. Terminás explotando de la peor manera, porque el verso es que uno se salva cuando tiene plata. Pero cuando llegás, decís "¿Qué onda? ¿Qué es esto? Me engañaron".

### —¿El programa de radio con tus compañeros de Temperley fue un intento de primer acercamiento al mundo literario?

—Fue esa pulsión de encontrarme con gente que escribía, de ver cómo funcionaban las cosas. Se ve que andaba con ganas y sentí curiosidad. De chico no leía nada, yo jugaba al fútbol (se ríe). Leía cosas de la escuela. Después de aquel primer libro de Galeano que agarré por intuición, fui a buscar otro del mismo autor. Y seguí con uno de García Márquez. Y empecé a generar una línea de lectura. Una cosa llevó a la otra. Ahora tengo una relación cotidiana con la lectura. Lo hago todos los días, en varios momentos.

#### —¿También escribís todos los días? ¿Cómo vas con tu novela?

—Estoy en la parte final de corrección. A mí no me interesa la publicación. Ojalá que se dé, pero a mí me hace feliz el proceso de escribir. Claro que me interesa que se pueda publicar, pero es mucho mejor escribir que ser escritor. Así como es mucho mejor jugar al fútbol que ser futbolista. Lo que rescato es jugar, lo demás es pose para el afuera.

Ilustración: Maia Debowicz





Aunque sucede hace solo un año y tres meses, ya no recordamos la vida sin estar haciendo **DIGAN SUS ELOGIOS**. Lo pensamos en la vieja normalidad, lo lanzamos en la cuarentena más estricta y fuimos alcanzando número a número, y vacuna a vacuna, este nuevo estilo de vida híbrido, en el que vamos saliendo de a poco a ser analógicos y nos dejamos el privilegio virtual para acercar distancias. Como siempre, vamos por más. Prometimos un fiestón cuando sea posible, y en eso estamos, planeándolo para diciembre (pronto, novedades). Gracias por leer y sumarse de todas las formas, no hay nada más gratificante que hacer crecer cada vez más a esta mafía positiva. Chin chin.

Este ejemplar se terminó de ensamblar a mediados de agosto de 2021, remotamente por aislamientos preventivos varios, entre la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, el Delta del Tigre y California, Estados Unidos. Llegó a sus ojos en noviembre de 2021. Y obvio que queda permitido bajarlo, sugerimos lo coleccionen y esperamos lo atesoren.

Hasta el próximo número, que será en febrero, o marzo. Aún no sabemos eso. Pero volvemos seguro.

Cariños.